

ahora cuánta sacarían los dos Verdegos con las varas, hasta que se cansaron sus malditos brazos.

284 Considera como cansados aquellos dos, entraron otros dos con el azote de juncos, aun son mas sensibles que las varas; porque tienen mayores espinas, son mas correosos, y se ciñen mas al cuerpo: esos, pues, añadiendo heridas sobre heridas, le volvieron á herir todo el santísimo cuerpo de pies á cabeza con terrible crueldad, hasta que se rindieron, y la sangre corría con mayor abundancia por el suelo, porque cada golpe de las varas ceñía el santísimo cuerpo, y se entraban en él como si fuera una cuchilla; y las espinas, que eran largas, y como clavos se clavaban hasta los huesos, se quedaban clavadas, y sobre ellas descargaban golpes, y las unas entraban por el hueso, las otras por los vacíos, y las otras se quedaban dentro con gran dolor: el alma batallaba por instantes con la muerte; y entre desmayos mortales, ocasionados del dolor, se le cubria de un sudor frio el santísimo rostro. Mira bien en cuánto aprieto, y afliccion le ponen, y mira que está solo, y no hay quien les diga á aquellos crueles Verdugos que se vayan á la mano, ni ellos,

aunque se lo dixeran, lo hicieron, porque tenían orden de matarle.

285 Considera como fatigados los quatro Verdugos, y rendidos, llegaron de refresco otros dos con los mismos azotes; y como dice San Bernardo (a), desataron al Señor, y volviéndole las espaldas á la columna, le azotaron por el pecho, y por el estómago, vientre, muslos, y piernas, hasta los pies, cubriéndolo todo de llagas por delante, como por las espaldas. Este fué el mayor, y mas cruel martirio; porque cogia las partes mas sensibles, que eran el estómago, y vientre sagrado, en donde los golpes son mortales por naturaleza. Por último se fatigaron estos dos, y dándole á nuestro Señor con las varas por su santísimo rostro, se fueron á descansar con los demas. Mira al Señor qué quebrantado queda, caída sobre el pecho su divina cabeza, y todo tan lleno de sangre, y de grandes heridas, tantas, que en todo el santísimo cuerpo no habia parte que no estuviese llagada, y chorreando arroyos de sangre, y el Señor temblando con repetidos desmayos, de manera, que si no le tuvieran las sogas contra la columna, allí se hubiera caído como muerto.

Con-

(a) Serm. 20. in Cant. S. Anselm. tract. de Pas.

286 Considera como llegaron otros dos Verdugos con los nervios de toro; y como estaba atado con las espaldas á la columna empezaron á descargar por el pecho sagrado, por estómago, y vientre. Ya estaba tan el Señor, que todos los presentes se persuadian que le habian de acabar aquellos dos la vida; y ellos por llevarse la palma de la victoria, y el regalo de los Pontífices, apretaban mas las manos, haciendo todo el esfuerzo posible. ¡Mira qual le pondrían! ¡Qué hinchado el pecho! ¡Qué negridos entre la sangre roja el estómago, y vientre! ¡Qué ensanchadas todas las heridas! ¡Qué hinchados, y abiertos los muslos! ¡Qué monstruoso todo el santísimo cuerpo por delante! Y no dudes que tambien le daban muchos golpes en el santísimo rostro; y así le dieron hasta que los nervios se ablandaron en la sangre, y ellos se rindieron: y el Señor, puedes considerar, que de esta vez fué visto por muerto de muchos, y que se quedaria como colgado de los brazos, y del cuello, en representacion de moribundo, boqueando. ¡O corazones de piedra! ¡Y que hubiese hombres que pudiesen ver con sus ojos una tan lastimosa carniceria, y que no solo no tuviesen compasion, sino que antes se alegrasen, teniendo por consuelo el verle agonizar! ¡O

poderosísimo Criador, y Dios Eterno, que os dexais así tratar de vuestras mismas criaturas! ¡Que les esteis dando la vida, los brios, y las fuerzas contra Vos mismo! ¿Qué se puede decir de bondad? ¡O alma! Mira que no dá la vida, la salud, y fuerzas para que tú las emplees contra él: no seas insensata, vuelve en tí, y empléalas en servir á quien te las dá: muévate aquella paciencia, aquella mansedumbre, y aquel amor.

287 Considera como llegaron otros dos Verdugos, rendidos aquellos, y le volvieron á desatar, y pegándole el pecho contra la columna, y atándole fuertemente, cogiendo otros nervios de toro secos, y retorcidos, volvieron á descargar por las espaldas santísimas: abrian las heridas de las varas, y sobre aquellas cruzaban otras, y la sangre corría, y salpicaba á los Verdugos sus malditas caras, brazos, y vestidos; y como se iban ablandando los azotes, daban unos chasquidos, y golpes, que se oían muy lexos. Mira, alma christiana, que te matan á tu Dios á puros azotes: llégate por allí, y riñe á aquellos crueles Verdugos: diles que no sean tan inhumanos, y bestiales; que con eso se enojarán contigo, y descargarán sobre tí, y cesarán de herir á tu Señor. Mas ¡ó amantísimo Cordero! que

que aunque ellos se vuelvan contra mí; quedan muchos mas, porque son sesenta los Verdugos; y aunque dos se encarnicen en mí, quedan mas de cincuenta para Vos: no tienen en lo humano remedio vuestros tormentos. Válgaos, Señor, vuestro Padre Eterno: válgaos vuestro divino poder, que entre los hombres no hay quien os valga, ni quien se compadezca de Vos. ¡O almas, y qué caro le costais á este Señor! ¡O ingratitud estúpida, impía, y ciega la mía, que sobre tanto como por mí padecisteis tengo corazón para ofenderos! ¡O sangre derramada de mi Dios, que ablandais esos duros látigos, y calentais esos frios mármoles, ablandad la dureza de este miserable, y duro corazón: derretid el hielo de esta dura, y fría alma para que deshecha toda en lágrimas, llore sin consuelo mi ciega, y obstinada vida, y el detestable olvido con que he vivido siempre, sin acordarme de la infinita caridad de mi Dios! Piensa, alma, como tambien se cansaron estos Verdugos, y se retiraron, dexando el santísimo cuerpo disformemente hinchado, y denegrido, y tan bañado en sangre, como si lo hubieran metido en una tina hasta la cabeza.

288 Considera, Christiano de la forma que está tu Redentor. Ya no tendrás mas corazón

para ver, y considerar esta crueldad, y ya te parecerá que no hay mas azotes; ni mas Verdugos: pero te engañas; porque ya te dexé dicho de San Vicente Ferrer, y del Beato Alano de Rupe, que los azotes, con que azotaron al Señor, fueron en ocho diferencias; y los Verdugos que le azotaron fueron sesenta. Animate, pues, y vé prosiguiendo, y haz cuenta que ves llegar otros seis Verdugos con los látigos, pasados de puntas de acero; y digo seis, porque á cada género de azote correspondian seis, y mas Verdugos. Estos prosiguieron con el martirio, no solamente azotando, sino tambien clavando con las puntas todo el santísimo cuerpo: y así verás que las puntas de acero rompen las venas, se clavan en los nervios, y pican los huesos, y queda todo el santísimo cuerpo por las espaldas, por delante, y por los lados no solo inhumanamente azotado, sino todo tan picado, como si con leznas le hubieran ido punzando todo. Así lo dexaron los seis cansados, unos despues de otros, teniendo por imposible el acabarle de matar; porque quando le miraban ya casi muerto, y que al parecer de todos acababa, volvía con un grande suspiro, y doloroso gemido á vivir; porque como dixo el Señor al Beato Alano, entonces se valia de

de su Omnipotencia, y confortaba la naturaleza, que naturalmente se acababa, para padecer de nuevo: y por eso tantas veces de la misma puerta de la muerte volvía á vivir con espanto de los que le miraban, y con desesperado sentimiento de los Judíos, y Verdugos, que todos deseaban que acabase de morir: solo el Señor no deseaba acabar de padecer; porque su amor infinito no se contentaba con quanto padecía, y quería en una padecer muchas, y muy terribles muertes, para que fuese mas copiosa nuestra Redencion. Conozcamos por aquí nuestra flaqueza, y nuestra falta de amor, que muchas veces por no padecer deseamos morir de una vez, y otras padecemos tan de mala gana, que una mínima pena decimos que es una muerte muy larga, y perdemos la paciencia: ¿y por qué? porque no hay amor en nosotros.

289 Considera como llegaron los otros seis Verdugos perversos, y malditos con las cadenas retorcidas, como dice el gloriosísimo Padre S. Vicente Ferrer; y estas cadenas dice el Venerable Beda que estaban asidas, ó pegadas á unos garrotes en forma de ramal (a). Con estas cadenas azotaron á

nuestro Salvador por todo el santísimo cuerpo con todas sus fuerzas; y le hubieran hecho pedazos todos los huesos, si no estuviera en contra una profecía que no le habian de quebrar alguno (b); mas le dexaron tan molido, tan quebrantado, tan hinchado, denegrido, y dolorido, que excede á toda la humana capacidad el imaginarlo. Piensa, Christiano, que ves á tu Dios, y que oyes el ruido de las cadenas, y que cada golpe que le dan te hace estremecer las entrañas; y que de solo imaginar que le oyes te quieres desmayar: y piensa por ahí qué desmayos, y qué trasudores, qué congojas, y agonías serian las de tu Dios: suspiros, y ayes de infinita tristeza, y afliccion es lo que se oye de aquella divina boca; quejas, ni palabra de sentimiento, ninguna. Admira, y medita la paciencia, la bondad, y misericordia de Dios, que tal, y tan cruel contradiccion padece por tí y no desmayes, ni te canses de ver crueldades: anima tu corazón; y pasa á la consideracion siguiente, si tienes ánimo.

290 Considera como llegaron los otros Verdugos con aquellos látigos que dixo el Beato Alano, que tenían en las puntas unos alacranes de hierro, con unas puntas,

Z tas,

(a) In cap. 15. Matt. ap. Sylv. (b) Exod. 12.

tas, y garfios muy agudos, y penetrantes, y de estos hace mencion Santa Brígida (a) de revelacion de nuestra Señora, como luego diré: con estos cruelísimos tormentos se llegaron con ánimo de despedazarle su santísimo cuerpo; y arrancarle las entrañas, y así, empezando por las santísimas espaldas, y costados, fué tal la carnicería que hicieron en su divino cuerpo, que dice á Santa Brígida nuestra Señora estas palabras: "Vé el cuerpo de mi Hijo Santísimo tan azotado, tan despedazado, y tan rotas, y consumidas sus carnes, que se le parecían los huesos, y se le veían las costillas de todo punto descarnadas; y la mayor amargura era el verse las rasgadas; porque los azotes encarnaban en ellas, y tirando de ellos los Verdugos, las surcaban sin piedad, y se las arrancaban á pedazos." Hasta aquí nuestra Señora. Mira por aquí, Christiano, cuál estaba tu Dios, y luego que le vuelven por delante, y que le empiezan á rasgar aquellos amorosos pechos. Mira, y atiende como se entran las puntas de los alacranes en el estómago, y vientre santísimo; y como toda la ansia de los Verdugos era abrir camino, para que saliesen las entrañas, y se las sa-

(a) Ubi sup.

casen hechas pedazos con los azotes; mas no quiso acabar allí con la vida: quiso que fuese su muerte mas prolixa, y afrentosa, para mas, y mas manifestarnos su infinito amor; y dexando así el Señor despedazado, y molido, se retiraron cansados los Verdugos. No te canses tú de pensar en sus penas, pues el Señor no se cansa de padecerlas por tí; y así pasa con la consideracion al último género de martirio, que padeció el Redentor de las almas en esta trabajosa, y dolorosa columna.

291 Considera como ya desesperados de poderle matar los Verdugos, vinieron los últimos con aquellas plomadas, que dice el Beato Alano de revelacion de nuestra Señora, y como desesperados le empezaron á herir, y golpear el santísimo cuerpo; y para entender bien este martirio, has de suponer, que como has oído de las cadenas, así estaban estos látigos asidos á unos cortos palos, y con las plomadas que tenían en las puntas cogian vuelo, y daban en el cuerpo santísimo, como si fueran balazos; y dando en el divino cuerpo, atormentaban las entrañas con el golpe; porque descargando sobre los huesos, alcanzaba con el peso del plomo á lo in-

interior del pecho; y era tal el dolor que resultaba en el corazón, y en las entrañas, que aunque el Señor no hubiera padecido mas tormentos, solo éste le hubiera quitado la vida muy en breve, si la divinidad no confortára á la humanidad. Aquí fueron mas, y mayores las agonías: aquí has de considerar, que muchas veces le ves vueltos en blanco los ojos, y el cuerpo desmayado, y que ya los miembros todos de todo punto flaquean, y que los parasismos mortales se repiten, y continúan unos tras de otros, y que corre la voz entre los Judíos, diciendo: Ya, ya muere, ya muere, ya acaba, ya acaba; y con todo eso no cesan los Verdugos. ¡O Madre de misericordia! Qué dolores sentiría vuestra alma santísima, quando llegaban á vuestros oídos estas voces! Mas suspende la consideracion de la santísima Virgen por ahora un poco, y concluye con este martirio.

292 Considera como estando el Señor en aquellos parasismos, de tal manera despedazado, que ya no habia carne que azotar, sino los huesos descarnados, como dice nuestra Señora á Santa Brígida (a) con estas palabras: "Como mi Hijo estuviese todo cubierto de sangre, y to-

do su cuerpo tan rasgado, que ya de los pies á la cabeza no habia parte sana en donde pudiesen azotarle; entonces uno de los que estaban allí, viéndolo que le mataban, asustado, y temeroso del mal que le podía venir á los Verdugos, si le quitaban la vida antes de la sentencia, corrió, y preguntóles, ¿qué cómo sin estar sentenciado á muerte, le quitaban la vida? Y sin aguardar respuesta, sacó un cuchillo, y cortó las sogas." Hasta aquí nuestra Señora á Santa Brígida. Y ahora dice Roberto de Aquino (b), que así que le cortaron las sogas, cayó por muerto en aquel lago de sangre que estaba al pie de la columna, y allí estuvo palpitando, revolcado en su santísima, y preciosísima sangre. Contéplalo allí, alma Christiana, cercado de Verdugos, que están esperando á ver si acaba de agonizar, y contéplalo cercado de Angeles, que asistieron á todo el martirio, y ahora le ven allí en aquel charco de sangre, caído en tierra, boqueando, y le ven juntamente en la Gloria en Trono de Serafines adorado. ¿Qué sintieran, si fueran capaces de sentimiento? Viéneles bien aquí aquel dicho del Profeta, que los Angeles

Z 2 les

(a) Lib. 1. cap. 10. (b) Art. 2. de Pas.

les de paz llorarán amargamente. ¡O altísimo Dios, y omnipotente Señor de la Eternidad (dirían los Angeles)! ¿Quién así se os ha atrevido? ¿Quién os ha postrado, Señor de infinita grandeza, y poder? ¿Quién os ha puesto en el suelo tan humillado? Vos que andais sobre las plumas de los vientos, que os sentais en Trono de Querubines; ¿cómo está la vestidura de vuestra divinidad tan roxa, y tan despedazada? ¿Quién hizo ese estrago? ¡O hombres ciegos, que no sabeis lo que habeis hecho! ¿No sabeis quién es ese, que está ahí caído, y anegado en su propia sangre? ¡O alma! ¿Tu que lo sabes, qué dices? ¿Qué les responde á los Angeles santos? Que tu amor fué el mayor verdugo, y que tus pecados fueron los azotes, esto has de confesar, aunque no quieras, y con eso los aborrecerás, y los arrojarás de tí: sí, alma, sí, hazlo así, y con muy grande dolor, pues basta que ellos hayan dado tantos dolores á tu Señor, para que tú los aborrezcas.

293 Considera con S. Agustín (a), que viendo los Verdugos, que el Señor, caído en tierra, poco á poco iba volviendo en sí, de nuevo enfurecidos, y embravecidos contra él, lo cer-

caron por todas partes, y juntos le volvieron á azotar por todo el cuerpo santísimo, sin reservar parte alguna; y habiéndole dado por las espaldas con sus malditos pies; y volviéndole boca arriba, le azotaron desde el santísimo rostro hasta los pies; pero por mas que hicieron por matarle, no pudieron, y de cansados lo dexaron. Pien- sa en este paso, Christiano, que es lastimoso aun mas de todo quanto has leído aquí. Míralo, que es lastimoso, aun mas que todo quanto has visto hasta aquí. Míralos qué encarnizados, qué rabiosos contra un Cordero mansísimo, caído en el suelo, revolcado en su sangre, y casi muerto, que no abre su boca, ni dice mala palabra, ni se queja de ellos; y con todo eso son tan crueles, tan impíos y faltos de compasión. Aprende por aquí á perder tu amor propio, y á renunciar el de las criaturas. Mira qué solo padece tu Dios, qué desamparado, sin consuelo, ni compasión de criatura alguna, porque á todos les pesaba de que no muriese, y todos se juntaron para que de una vez acabase. Légate por allí, alma: véate siquiera el Señor que te entristeces de sus males, y te duelen sus penas; que

(a) Serm. 2. de Pas. ad illa verb. Deut. 25. S. Laur. de Triumph. Christ. reg. cap. 14.

solo eso le bastará para algun género de alivio: uno solo que halle de su parte, eso le servirá de algun consuelo.

294 Considera, cerrando este martirio con lo que dice nuestra Señora á Santa Brígida (a), que despues de haber andado todas aquellas tan dolorosas procesiones de Cayfas á Pilato, y Herodes, para encontrarse con su divino Hijo; por último, quando quisieron azotarlo, se vino á hallar en parte en donde lo podia ver, y oír los latigazos, y azotes. "Habiéndole desnudado (dice esta soberana Señora) su divino cuerpo, le dieron de pescozones, y golpes; y escupiéndole, mandaron que se fuese á la columna, en donde sin misericordia le ataron desnudo como habia salido de mis entrañas, y cercándole los Verdugos por todas partes, empezaron á azotarle: y al primer azote que Yo oí, y ví, fué tal el dolor de mi alma, que fué qual no cabe en toda ponderacion el decirlo; y mas quando reparé que estaba todo su santísimo cuerpo llagado de

„ pies á cabeza, rasgadas sus in-
„ maculadas carnes, y descubier-
„ tos los huesos entre la sangre
„ roxa" Hasta aquí nuestra So-
berana Reyna. ¿Y quién podrá ponderar la pena de su alma santísima, y la afliccion de su purísimo corazon? Aquí enmudecen los Angeles, quanto mas los hombres. ¿Te parece que el referir la Reyna de los Angeles, lo que vió, y oyó, y no referir lo que sintió su alma, carece de misterio? Has de pensar que es, no porque le faltaron á nuestra Señora palabras para explicar sus gravísimas penas, sino que las dexó á la consideracion, y al silencio. Si tú, y yo tuviéramos alguna pequeña parte de su amor, pudiéramos decir algo; pero puesto que nos falta el alma del sentimiento, contentémonos con mirar al santísimo, y llagado Hijo, y mirar la dolorosísima Madre, poniéndolos como sellos en nuestros corazones; que con eso se imprimirán en ellos sus imágenes, y con eso nos basta, sellándolos en nuestro corazon; que por último algo se nos ha de pegar de tanta pena, dolor, y compasion.

(a) Ubi sup.